

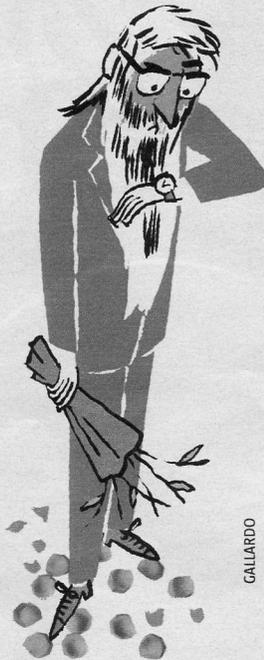
A la hora acordada

EL PRÓXIMO VIERNES será 10 de junio, jornada que en Japón tiene un tinte especial: es el día de la Observancia del Tiempo. Para incitar a la población a la puntualidad, las autoridades escogieron el 10 de junio porque fue un 10 de junio cuando, en el siglo VII, en una época en la que no se acostumbraba a llevar cuenta del tiempo, el emperador Tenji decidió que, a base de hacer sonar campanas y tambores, los templos avisasen de la hora que era. Aunque ahora tengamos de los japoneses la imagen de un pueblo ordenado y riguroso –y el orden y el rigor implican siempre puntualidad–, en otras épocas eran laxos en ese asunto. De ahí que intentasen concienciar del error a la población con un día de la Puntualidad que, por cierto, también se celebra en otros países. En Jamaica por ejemplo: promovido por la Cámara de Comercio del país, para acabar con la impuntualidad obstinada de los jamaicanos, que consideran que lo lógico y normal es llegar tarde a todas partes. Allí, el día de la Puntualidad es el 21 de septiembre.

Hay dos tipos de impuntuales: el circunstancial –que llega tarde a una cita por un motivo que no pudo prever– y el crónico, que siempre llega tarde y mira con cara de pasmo a quien le reprocha su actitud. Que la impuntualidad está bien vista en este rincón del mundo lo demuestra la existencia de una de las grandes aberraciones de nuestro sistema educativo: el cuarto de hora académico, esos quince minutos que las universidades dan para que vayan llegando los rezagados. Si en la mismísima universidad los propios profesores van de ese palo, ¿como no van a perpetuar los alumnos ese cuarto de hora –académico o no– a lo largo de su vida,

tanto en las citas personales como en el trabajo? Hasta tal punto lo interiorizan, que el cuarto de hora académico se convierte, luego, en la media hora o incluso la hora *laboral*. La exhibición de morro más grande se la llevan los médicos, que exigen al paciente que sea puntual a la cita si no quiere perder su turno y, en cambio, ellos se permiten el lujo de tenerlo esperando el tiempo que les plazca, más de una hora si es necesario. Ese menosprecio por el tiempo de los demás es una gravísima falta de educación y de respeto. Demuestran que, para ellos, su tiempo es valiosísimo y, en cambio, el de sus pacientes les importa un pito. Mayor desdén, imposible.

Como prolongación de la impuntualidad orgullosa de los médicos, existe la impuntualidad enrolladilla, que practican los que ignoran el consejo de Shakespeare –“Mejor llegar tres horas antes que un minuto tarde”– y consideran una vulgaridad presentarse a la hora fijada. Lo guapo es hacerse esperar. Los famosillos arrogantes lo practican habitualmente. Nunca llegan a una cena o inauguración de lo que sea sin un buen retraso. Creen que, si llegasen puntuales, la gente pensaría que tienen poco que hacer en la vida. Y ellos quieren aparentar justo lo contrario: que están taaaan ocupados que llegar puntuales les resulta siempre imposible. Aunque, en realidad, lleven media hora aparcados en la esquina, aburridos y haciendo tiempo para llegar dignamente tarde a la cita, como según ellos debe ser. O



GALLARDO

El día de la Puntualidad se celebra para luchar contra la falta de diligencia de los ciudadanos